

El pensamiento de Saint-Exupéry en *Citadelle*

Ángeles Sánchez Hernández

El 31 de julio de 1944, Antoine de Saint-Exupéry debía realizar una misión de reconocimiento en la zona de Provenza, región muy unida a su infancia y a su familia, en la que aún permanecían muchos de sus seres queridos atrapados en la llamada zona libre, en la Francia dominada por los nazis, entre ellos, su amigo Léon Werth a quien dedicó *Le Petit Prince*. El piloto-escritor despegó del aeródromo de Borgo en Córcega y no se tienen luego más noticias de él; su cuerpo no se encontró, pero sí se recuperaron algunas de sus pertenencias en 1998 y, posteriormente, en el año 2000, se rescataron los restos de su avión Lightning P38 frente a las costas de Marsella. Se desconocen las circunstancias precisas de su desaparición, aunque ha habido algunas hipótesis o declaraciones que la atribuyen a un ataque del ejército alemán, en acción de guerra.

Saint-Exupéry sabía que aquella misión podía ser la última porque tenía cuarenta y cuatro años, edad que superaba con creces la permitida para volar, además de que su condición física estaba mermada por los accidentes sufridos en los que casi pierde la vida y de los que le quedaron graves secuelas, en particular la rigidez de su brazo izquierdo, tras el accidente en Guatemala, que le impedía abrir la cabina por sí solo y, por tanto, conocía su incapacidad para saltar del avión si lo necesitaba. A pesar de sus limitaciones físicas, insistió al mando militar americano para ser incluido en las misiones de reconocimiento aéreo, ya que su deseo siempre fue participar en la acción y nunca escribió sobre temas en los que no hubiera

tenido una intervención personal. El avión era, además, el instrumento que le permitía reflexionar sobre los asuntos humanos: la visión desde la distancia en la soledad aérea le facilitaba la comprensión del hombre y de su sentido en el mundo, temática que trasciende toda su trayectoria literaria.

Saint-Exupéry no solo fue un escritor reconocido con premios nacionales e internacionales, sino que logró tener una trayectoria significativa como piloto en la etapa de los pioneros de la aviación, junto con sus compañeros Guillaumet y Mermoz. Los aviadores de principios del siglo xx debían realizar cometidos peligrosos, debido a las condiciones precarias de vuelo de los primeros aviones, en particular los vuelos nocturnos, situación de la que da cuenta su libro *Vol de Nuit* (1931). Más aun, diseñó y patentó numerosos dispositivos que solucionaron parte de esos problemas y contribuyeron a la mejora de la seguridad aérea.

Para el joven Antoine, no fue fácil encontrar el camino profesional. Fracasó en su intento de realizar estudios superiores y fue en el servicio militar, en la aviación, donde encontró la vía de su existencia. La fascinación por el aire venía de su infancia y el servicio militar en las fuerzas aéreas fue el detonante que le marcaría el camino a seguir. Aunque vuelve a la vida civil durante un corto espacio de tiempo, en una carta dirigida a su madre expresa claramente el malestar por su trabajo de burócrata y ratifica la necesidad de evadirse de un ambiente que le excede. *Tonio* se refería a ese centro



laboral como “la jaula del Faubourg Saint-Honoré”.¹ Esta etapa de su vida evidencia una particular fractura personal debida a una falta de seguridad en sí mismo que le impedía sentirse integrado en la sociedad; considera incluso que su familia lo minusvalora, como cuenta a una amiga:

Siempre le he parecido a mi familia un ser superficial, locuaz y divertido, yo que incluso busco en el placer algo que aprender y no soporto los moscardones de las discotecas, yo que casi nunca abro la boca porque esas conversaciones inútiles me aburren.²

Ciertamente no acababa de encontrar su sitio en el mundo, pero en 1926, tras la ruptura del compromiso matrimonial con Louise de Vilmorin, Saint-Exupéry ingresa

en la empresa de aviación Latécoère, donde aprendió el oficio desde las tareas mecánicas más sencillas hasta la formación como piloto de línea. Fue reclutado por Didier Dorat inspirador del personaje de Rivière, cuya disciplina ayuda a forjar la personalidad del escritor.

A partir de su entrada en l’Aéropostale, se hizo cargo del transporte del correo entre Toulouse y Casablanca, luego entre Casablanca y Dakar. Permaneció dieciocho meses como jefe del aeródromo de Cabo Juby entre el desierto del Sahara y el océano Atlántico. El aeródromo era una escala vital para sus compañeros en la ruta africana y un punto estratégico para la empresa con vistas a extender los servicios de correo a Sudamérica. Esta larga estancia vivida en soledad —solo acompañado por dos mecánicos— fue un punto de inflexión en la experiencia del escritor como uno de esos momentos en los que el hombre debe medirse con el obstáculo para descubrirse a sí mismo, como escribiría años después en *Terre des Hommes*. A su regreso de África, fue nombrado director de la sección sudamericana de l’Aéropostale en Buenos Aires. Un año y medio más tarde, con la empresa en quiebra, Saint-Exupéry regresa a Francia sin trabajo. Posteriormente será enviado como reportero por *L’Intransigeant* a Rusia y luego a Madrid y Barcelona donde será testigo directo de la Guerra Civil española.

Citadelle, reflexiones de una vida

Quizás sea difícil de comprender el pensamiento de Saint-Exupéry en su complejidad y en sus contradicciones si no se conocen las vicisitudes de la vida del autor. Las dos últimas obras, *Le Petit Prince* (1943), redactada por encargo de su editor, y *Cita-*

delle (1948), publicada años después de su muerte, constituyen relatos de formas distintas, aunque animados por una misma filosofía. Ambas componen las dos caras del pensamiento del hombre que atravesaba una profunda crisis personal: ha perdido a los compañeros, Guillaumet y Mermoz, con los que estrechó lazos de camaradería que ya no encuentra en la nueva generación; vive exiliado en Nueva York, sufriendo por la familia y amigos, *rehenes* del nazismo en Francia; soporta acusaciones de colaboracionismo y tiene enfrentamientos con otros intelectuales como André Breton y con Jacques Maritain, con este último por la reconciliación que Saint-Exupéry apoyaba tras la contienda entre aquellos franceses exiliados y los que se quedaron en territorio francés bajo el régimen de Vichy.³

Consideraba su obra póstuma, *Citadelle* como su *summa* literaria, pero no tuvo tiempo de revisarla. Si bien la historia fue tachada de fascista por la figura del príncipe del desierto que se erige en guía de su pueblo, se olvida que ese príncipe somete sus deseos al bienestar del más humilde de sus súbditos. Otras opiniones negativas se deben, probablemente, a los seguidores del general Charles de Gaulle a quien el escritor no apreciaba especialmente; el general lo excluyó de la lista de escritores que habían colaborado en la liberación de Francia al finalizar la guerra.⁴ El escritor llevaba años imbuido en su redacción de *Citadelle*; después de ella no tenía nada más que decir a la humanidad, la consideraba el culmen de su producción y pensaba revisarla como había hecho con las anteriores. La víspera de su muerte la dejó en una maleta para que le fuera entregada a una amiga por si le ocurría un accidente.

Su novela póstuma contiene una alegoría en la que se plasman los tres ejes fundamen-

tales de su pensamiento: el eje central es el lenguaje que sirve de intermediario entre los otros dos: el microcosmos individual y el macrocosmos en el que sitúa a ese *dios* que puede interpretarse de formas diferentes. Para Saint-Exupéry, el lenguaje era esencial: revisaba minuciosamente los textos hasta encontrar la palabra exacta y lograr la frase con el sentido que quería darle a la narración. Su búsqueda siempre estuvo encaminada a encontrar la *verdad*, o al menos lo que él consideraba como tal, pero veía que las palabras le impedían llegar en ocasiones a esa verdad. Por ello empleaba símbolos que expresaban mejor la dimensión de su pensamiento y esa forma alegórica fue la elegida para esta última novela que algunos investigadores relacionan con el *Cantar de los cantares*.⁵ La ciudadela se establece en medio del desierto, fortificación emplazada en el corazón del hombre, el lugar en el que se construiría una sociedad nueva, fundamentada en una base sólida, sin antecedentes que la contaminaran, que surgiría de la interrelación de hombres ocupados en cumplir con sus propias tareas asignadas. Su preocupación en los tiempos de guerra que enfrentaba a sus conciudadanos, dentro y fuera del país, era construir una tierra habitable para los hombres proyectada hacia lo divino, entendido este como el conjunto de elementos esenciales que permiten la convivencia pacífica.

Los principales temas de su producción literaria reaparecen en *Citadelle*, con una dimensión más espiritual y trascendente que en sus primeras publicaciones. La necesidad de volver a la esencia de las cosas, el deseo de encontrar el orden social y espiritual o el abandono del interés individual para salvar a la comunidad son los puntos cruciales de un camino místico trazado hacia la superación del ser humano con aspiraciones celestiales, descritas a partir de simbologías como



la de la montaña o del árbol que eleva sus ramas en busca de la luz del cielo, metáforas para describir la superación interior del hombre que alcanza objetivos, al parecer inalcanzables, pero factibles con esfuerzo y dominio personal.

Estas enseñanzas las extrajo de su experiencia y de la de sus compañeros en el aire, en condiciones extremas como las que narra en otras obras. Las imágenes que muestran la vida son dinámicas y mudables, reflejan la energía íntima que Saint-Exupéry denomina la *ferveur*, representa el impulso motor que empuja al hombre a esforzarse para descubrir nuevos horizontes trascendentes y a rechazar al sedentario anímico.⁶ El escritor nombra en numerosas ocasiones la palabra *dios* y algunos han creído ver en el término una alusión al dios y a la fe cristianos; sin embargo, no era creyente, siempre estuvo lleno de dudas a ese respecto y, más bien, la idea que se hace es asimilar el concepto al de la perfección humana, donde todo adquiere sentido y coherencia. El hombre llega, a través de esta vida de tensión y superación constante de obstáculos, a participar de la perfección divina.

La *ciudadela*, como cualquier otra morada, constituye un elemento integrador de los hombres y de sus diferencias, que contiene, además, el matiz de la fortaleza de sus muros para contener y proteger a sus ocupantes. Saint-Exupéry escribe textualmente: “¡Oh ciudadela, hogar mío, te salvaré de los proyectos de arena y te llenaré de trompetas para que suenen contra los bárbaros!”.⁷ La *morada* lleva implícita el *habitar*, acción que define al ser humano en filosofía; sólo si somos capaces de *habitar* podemos *construir*, según Heidegger, por ello construir la fortaleza en el corazón del hombre era el requisito necesario para la vuelta a la com-

presión mutua.⁸ Dentro de la simbología universal, la casa está ligada a la noción de espacio sagrado y al eje central del mundo. Recordemos que la novela se redacta entre 1939 y 1944, momentos de guerra y de pugnas entre compatriotas; por esa razón el tema de la civilización está presente. El príncipe del desierto afirma: “Y los ritos son en el tiempo lo que la morada es en el espacio”.⁹ Esos ritos, pertenecientes a su civilización francesa, constituían el punto de encuentro desde el pasado que él veía peligrar en aquellos momentos y constituían los *muros* protectores de la ciudadela.

Referencias

- 1 Cate, C. (1994). *Saint-Exupéry*, Grasset, p. 111.
- 2 Deschot, E. (2000). *Saint-Exupéry*, Pygmalion, p. 27 (traducción para la *Agenda Cultural*).
- 3 Miranda, L. (2022): “Debates del exilio francés de Nueva York durante la ocupación nazi. Su recepción en la *Revista de los intelectuales europeos en América* (Buenos Aires, 1942-1946)”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n.º 56, p. 32.
- 4 Webster, P. (1993). *Saint-Exupéry. Vie et Mort du Petit Prince*, Éditions du Félin, p. 277.
- 5 Vircondelet, A. (2008). *La Véritable Histoire du Petit Prince*, Flammarion, p. 136.
- 6 Saint-Exupéry, A. (1948). *Citadelle*, Gallimard, p. 114.
- 7 Saint-Exupéry, A. (1948). *Citadelle*, Gallimard, p. 28 (traducción para la *Agenda Cultural*).
- 8 Sánchez Hernández, Á. (2006). “Espacio aéreo, espacio terrestre. Lugares de proyección interior”, en Sirvent Ramos, Á. (ed.) *Espacio y texto en la cultura francesa*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alicante, p. 1217.
- 9 Saint-Exupéry, A. (1948). *Citadelle*, Gallimard, p. 29 (traducción para la *Agenda Cultural*).

Ángeles Sánchez Hernández. Doctora en Filología francesa con la tesis sobre Saint-Exupéry defendida en 2001, “El verbo en *Citadelle* (A. de Saint-Exupéry) análisis estadístico, campos estilísticos y estructura léxica” (disponible en <https://accadcris.ulpgc.es/handle/10553/2045>), es profesora titular de la Universidad de las Palmas de Gran Canaria.